



Las siete moradas

Viaje en el
Castillo Interior
de Teresa de Ávila

Mara Damiano

A Gloria Albert,
su maravillosa sonrisa
y su pasión por Santa Teresa.

Introducción

Para ti, lector, que estás a punto de leer estos textos, sepas que vas a embarcarte en una experiencia única.

Puede que hayas viajado aquí y allá, que hayas visitado muchas ciudades hermosas, pero quizás no conozcas el maravilloso lugar que hay dentro de ti. Está en lo más profundo de tu ser y lo habita una persona especial, un Amigo, que te ama y está más cerca de ti de lo que crees.

¿Qué sentido tiene vivir siempre proyectados hacia fuera, en lugar de investigar la mejor parte de uno mismo, nuestro interior?

Seguramente te preguntarás qué tiene que ver contigo un libro escrito por una santa, hace cientos de años. Quizá pienses que los santos son los que aparecen en las estatuas que adornan las iglesias o los que están en las estampas. En realidad, son hombres y mujeres como todos los demás. Lo que los distingue es que han emprendido un viaje de autoconocimiento y de conocimiento de Dios, que los ha llevado a descubrir el ser criaturas amadas, una verdad independiente del espacio y del tiempo. El encuentro con el Amor cambió su forma de ver el mundo y les llevó a hacer de su vida un don para los demás.

Teresa de Ávila escribió el "Castillo interior" en 1577 no sólo para sus hermanas carmelitas, sino para cualquiera que quisiera seguir sus enseñanzas. Utilizando la alegoría del alma como un castillo formado por siete moradas, basada en su experiencia personal, afirma que Dios habita en el centro del alma y que es posible llegar a Él con una vida de oración.

Pues bien, sólo tienes que encontrar un espacio de silencio para explorar tu corazón: ¡lee y descubre! ¡Luego me contarás si esta lectura ha cambiado algo en ti!

Mara Damiano

Institución Teresiana, agosto 2022



MORADA 1

¿No sería gran ignorancia, hijas mías, que preguntasen a uno quién es, y no se conociese ni supiese quién fue su padre ni su madre ni de qué tierra? Pues si esto sería gran bestialidad, sin comparación es mayor la que hay en nosotras cuando no procuramos saber qué cosa somos, sino que nos detenemos en estos cuerpos, y así a bulto, porque lo hemos oído y porque nos lo dice la fe, sabemos que tenemos almas. Mas qué bienes puede haber en esta alma o quién está dentro en esta alma o el gran valor de ella, pocas veces lo consideramos; y así se tiene en tan poco procurar con todo cuidado conservar su hermosura. (1, 2)

Podemos considerar nuestra alma como un castillo todo de un diamante o muy claro cristal, adonde hay muchos aposentos. (1, 1)

Este castillo tiene muchas moradas, unas en lo alto, otras en bajo, otras a los lados; y en el centro y mitad de todas éstas tiene la más principal, que es adonde pasan las cosas de mucho secreto entre Dios y el alma. (1, 3)

El primer concepto expresado por Teresa al principio de su obra es que el hombre no sólo está hecho a imagen de Dios, sino que también tiene la capacidad de contenerlo, su propio ser está estructurado como un espacio-hogar de Dios.

Para explicar al lector lo que quiere decir, utiliza un símbolo que desarrollará en el transcurso del libro: nuestra realidad interior, el alma, es comparable a un castillo en el que hay muchas moradas, en la central habita el Señor. Luego añade que el castillo está hecho del más fino cristal, porque desde lo más profundo de nuestro ser, Dios emana su luz, que se derrama en las distintas estancias.

Por lo tanto, sería un gran error vivir deteniéndose solo en nuestra corporalidad, sin cuestionar nunca lo que realmente ocurre en nuestro interior.

Pues tornando a nuestro hermoso y deleitoso castillo, hemos de ver cómo podremos entrar en él. (1, 5)

A cuanto yo puedo entender, la puerta para entrar en este castillo es la oración. (1, 7)

Teresa afirma que la oración es el único camino para entrar en uno mismo, no hay otro. De hecho, si se presupone que el castillo está habitado por Dios, entrar en el castillo significa entrar en relación con Él en la morada interior.

Ella misma, en otro contexto, aclara lo que entiende por oración: "tratar a solas con Quien sabemos nos ama". Se trata de reservar espacios de silencio en nuestra vida cotidiana para cultivar una relación de amistad con Dios, conscientes de que Él nos ama y busca nuestra compañía, porque somos sus criaturas.



Las almas que no tienen oración son como un cuerpo con perlesía o tullido, que aunque tiene pies y manos no los puede mandar; hay almas tan enfermas y mostradas a estarse en cosas exteriores, que no hay remedio ni parece que pueden entrar dentro de sí, porque ya la costumbre la tiene tal de haber siempre tratado con las sabandijas y bestias que están en el cerco del castillo, que ya casi está hecha como ellas, y con ser de natural tan rica y poder tener su conversación no menos que con Dios, no hay remedio. (1, 6)

Renunciar al camino de la interioridad es una de las mayores aberraciones del ser humano, ya que hay una belleza dentro de cada uno de nosotros que es mucho más valiosa que lo que se ve en el exterior. Sin embargo, algunas personas están tan atrapadas en la dinámica mundana que apenas se dan cuenta de que tienen alma, apenas encuentran el valor para volver a entrar en sí mismas.

Teresa imagina que alrededor del castillo hay un foso en el que viven animales venenosos que obstruyen el camino: son nuestros vicios, nuestras adicciones y todas las atracciones que el mundo ejerce sobre nosotros, cadenas que nos esclavizan y que a la larga oscurecen la verdad más profunda de nuestro ser, la de estar habitados nada más que por Dios.

Pues no hablemos con estas almas tullidas...sino con otras almas que, en fin, entran en el castillo; porque aunque están muy metidas en el mundo, tienen buenos deseos, y alguna vez, aunque de tarde en tarde, se encomiendan a nuestro Señor y consideran quién son, aunque no muy despacio; alguna vez, en un mes, rezan llenos de mil negocios, el pensamiento casi lo ordinario en esto, porque están tan asidos a ellos, que como adonde está su tesoro se va allá el corazón, ponen por sí algunas veces de desocuparse, y es gran cosa el propio conocimiento y ver que no van bien para atinar a la puerta. En fin, entran en las primeras piezas de las bajas; mas entran con ellos tantas sabandijas, que ni le dejan ver la hermosura del castillo, ni sosegar; harto hacen en haber entrado. (1, 8)

Dejando de lado a los que se quedan fuera del castillo, Teresa pasa a describir a los que entran en él. Son personas animadas por buenos deseos, que rezan de vez en cuando, aunque sea en medio de muchas distracciones, porque cuando empiezan a entrar en sí mismas, pensando que están solas en compañía del Amigo, les asaltan muchos pensamientos y preocupaciones.

Poco a poco van tomando conciencia de que son, en efecto, criaturas queridas, habitadas por Dios, pero también seres frágiles, capaces de introducir el mal en el castillo cubriéndolo de fealdad y oscuridad: de hecho, en la primera morada traen consigo los bichitos peligrosos que viven en el foso.

Para Teresa, la oración es un viaje de autoconocimiento en el que se entra en contacto no sólo con la propia dignidad y belleza, sino también con la propia miseria humana.



¡Oh el propio conocimiento! Que con cuán necesario es esto, aun a las que las tiene el Señor en la misma morada que El está, que jamás, por encumbrada que esté le cumple otra cosa ni podrá aunque quiera; que la humildad siempre labra como la abeja en la colmena la miel, que sin esto todo va perdido. Mas consideremos que la abeja no deja de salir a volar para traer flores; así el alma en el propio conocimiento, créame y vuela algunas veces a considerar la grandeza y majestad de su Dios. Aquí hallará su bajeza mejor que en sí misma, y más libre de las sabandijas adonde entran en las primeras piezas, que es el propio conocimiento. (2, 8)

Teresa advierte de un riesgo, el de tener un autoconocimiento mal entendido cada vez que miramos sólo el lado oscuro de nosotros mismos, porque acabamos atrapados y frustrados. Lo que se necesita, en cambio, es una confrontación con alguien que pueda liberarnos de esta mentira.

Por ello, la oración es el único y verdadero conocimiento de uno mismo. En el camino de amistad con Dios, nos relacionamos con una Persona: mirando su grandeza vemos mejor nuestra miseria, pero al mismo tiempo crecemos en la conciencia de su misericordia y esto nos hace más dispuestos al bien.

Es de considerar aquí que la fuente y aquel sol resplandeciente que está en el centro del alma no pierde su resplandor y hermosura que siempre está dentro de ella, y cosa no puede quitar su hermosura. Mas si sobre un cristal que está al sol se pusiese un paño muy negro, claro está que, aunque el sol dé en él, no hará su claridad operación en el cristal. (2,3)

Con una bella imagen, Teresa nos explica que, a pesar de nuestras imperfecciones, Dios sigue estando presente y brillando en el centro de nuestro ser. Él nunca nos abandona, sólo que en las primeras moradas somos menos conscientes de su presencia porque todavía estamos demasiado atraídos por el mundo.

Las que se vieren en esta primera morada han menester acudir a menudo, como pudieren, a Su Majestad, tomar a su bendita Madre por intercesora, y a sus Santos, para que ellos peleen por ellas, que sus criados poca fuerza tienen para sedefender. (2, 12)

Mirad que en pocas moradas de este castillo dejan de combatir los demonios. (2, 15)

Entendamos que la perfección verdadera es amor de Dios y del prójimo, y mientras con más perfección guardáremos estos dos mandamientos, seremos más perfectas. (2, 17)

El viaje a la propia interioridad no está hecho para mediocres, requiere un gran valor, porque se lucha mucho, sobre todo en las primeras moradas. Al principiante que tiene pocas fuerzas para defenderse de las alimañas, Teresa le aconseja que recurra con humildad a Jesús, a María y a los santos y que mantenga la mirada fija en la meta del camino.

Llegar a la última morada significa crecer en el amor a Dios, a uno mismo y al prójimo. En efecto, cuanto más cerca estemos de la morada del Rey, más claro veremos que nos ama tal como somos, con nuestras fortalezas y fragilidades. Habiendo descubierto un amor tan gratuito y especial, seremos como vasos rebosantes, deseosos de derramar este amor a los demás.

MORADA 2

Ahora vengamos a hablar cuáles serán las almas que entran a la segunda morada y qué hacen en ella. (1, 1)

Es de los que han ya comenzado a tener oración y entendido lo que les importa no se quedar en la primera morada, mas no tienen aún determinación para dejar muchas veces de estar en ella, porque no dejan las ocasiones, que es harto peligro. Mas harta misericordia es que algún rato procuren huir de las culebras y cosas emponzoñosas, y entender que es bien dejarlas.

Estos, en parte, tienen harto más trabajo que los primeros, aunque no tanto peligro...entienden los llamamientos que les hace el Señor; porque, como van entrando más cerca de donde está Su Majestad, es muy buen vecino, y tanta su misericordia y bondad que aun estándonos en nuestros pasatiempos y negocios y contentos y baraterías del mundo, y aun cayendo y levantando en pecados, con todo esto, tiene en tanto este Señor nuestro que le queramos y procuremos su compañía, que una vez u otra no nos deja de llamar para que nos acerquemos a Él; y es esta voz tan dulce que se deshace la pobre alma en no hacer luego lo que le manda. (1, 2)

Cuando invitamos a un huésped a nuestra casa, nos aseguramos de que todo esté ordenado y limpio. Imaginemos que, de repente, nos damos cuenta que han entrado lagartijas o escorpiones en la casa y se esconden entre los muebles y bajo el sofá. Tendremos tanto pánico, nos empeñaremos tanto en ahuyentarlos, que casi nos olvidaremos de recibir a nuestro invitado.

Lo mismo ocurre con los que han comenzado con la oración y a redescubrir su interior. Según la simbología utilizada por Teresa, al entrar en el castillo también entran algunos de los animales que suelen vivir fuera, en el foso.

Esto ya ocurría en la primera morada, entonces ¿qué cambia aquí? En la segunda morada, al estar más cerca de la central, la persona es más consciente de ser habitada por un invitado tan importante como Dios, por lo tanto ve más claramente que los animalillos que la siguen son perjudiciales e inoportunos, y para Él desagradables. La persona intenta sacarlos de su casa, pero descubre que no es fácil y se siente profundamente apenada por estar en presencia de su Rey, al traer consigo tanta miseria.

En efecto, los que entran en la segunda morada, aunque estén decididos a hacer el bien, siguen inevitablemente fascinados por el mundo, de modo que en varias ocasiones acaban de la mano del mal. Ante tales caídas, Teresa nos exhorta repetidamente a recurrir al perdón del Señor para que nos devuelva la dignidad de hijos amados, a pesar de nuestras fragilidades humanas.



No digo que son estas voces y llamamientos como otras que diré después, sino con palabras que oyen a gente buena o sermones o con lo que leen en buenos libros y cosas muchas que habéis oído, por donde llama Dios, o enfermedades, trabajos, y también con una verdad que enseña en aquellos ratos que estamos en la oración. (1, 3)

A pesar de nuestras limitaciones, el Señor trata por todos los medios de atraernos hacia Él, de animarnos a continuar. Pero, ¿qué hay en esta morada que, incluso en medio de las distracciones del mundo, mantiene vivo el deseo de encontrarle? A veces, son simplemente discursos pronunciados por personas virtuosas los que despiertan nuestra conciencia, otras veces es la lectura de un buen libro, una frase escuchada durante la oración o una situación difícil que nos interpela.

Mas es terrible la batería que aquí dan los demonios de mil maneras y con más pena del alma que aun en la pasada; porque allá estaba muda y sorda, al menos oía muy poco y resistía menos, como quien tiene en parte perdida la esperanza de vencer; aquí está el entendimiento más vivo y las potencias más hábiles: andan los golpes y la artillería de manera que no lo puede el alma dejar de oír. Porque aquí es el representar los demonios estas culebras de las cosas del mundo y el hacer los contentos de él casi eternos, la estima en que está tenido en él, los amigos y parientes, la salud en las cosas de penitencia, y otras mil maneras de impedimentos. (1, 3)

Teresa vuelve a expresar lo mucho que se lucha en esta segunda sala. La persona se debate entre continuar el viaje o abandonar el castillo. Por un lado, gracias a la oración, se da cuenta de que ha encontrado un amigo fiel que la ama y está decidido a corresponder a este amor. Por otro lado, aunque es consciente de que sus vicios y adicciones sólo le traen desasosiego y desorden, no puede desprenderse de ellos porque durante mucho tiempo han sido el centro de su ser.

En esta lucha intervienen fuerzas misteriosas, encarnación de la mentira y del mal, llamadas por Teresa con el nombre de "demonios": son externas al hombre, no tienen el origen en la persona, pero intentan por todos los medios obstaculizar y sacarla de sí misma.

¡Oh Señor mío! Aquí es menester vuestra ayuda, que sin ella no se puede hacer nada. Por vuestra misericordia no consintáis que esta alma sea engañada para dejar lo comenzado. Dadle luz para que vea cómo está en esto todo su bien y para que se aparte de malas compañías; que grandísima cosa es tratar con los que tratan de esto; allegarse no sólo a los que viere en estos aposentos que él está, sino a los que entendiere que han entrado a los de más cerca; porque le será gran ayuda, y tanto los puede conversar, que le metan consigo. (1, 6)

Teresa aconseja a los que están en la segunda morada que perseveren y eviten las malas compañías, rodeandose de personas que ya hayan experimentado la entrada en las siguientes moradas, para que sirvan de ejemplo.



Aunque otras veces he dicho esto, importa tanto que lo torno a decir aquí: es que no se acuerde que hay regalos en esto que comienza, porque es muy baja manera de comenzar a labrar un tan precioso y grande edificio; y si comienzan sobre arena, darán con todo en el suelo; nunca acabarán de andar disgustados y tentados. Porque no son éstas las moradas adonde se llueve el maná; están más adelante, adonde todo sabe a lo que quiere un alma, porque no quiere sino lo que quiere Dios...abrazaos con la cruz que vuestro Esposo llevó sobre sí y entended que ésta ha de ser vuestra empresa. (1, 7)

Para Teresa, los que han empezado a rezar no deben pensar inmediatamente en obtener sólo paz y consuelo, porque su fe es débil y su corazón es todavía incapaz de un amor maduro, sino que deben estar seguros de que ese descanso estará en las próximas moradas. Es necesario seguir el ejemplo de Jesús, tener presente lo que sufrió por nosotros en la cruz para soportar la lucha interior con menos fatiga.

Como no sea el dejarlo (la oración), todo lo guiará el Señor a nuestro provecho, aunque no hallemos quien nos enseñe; que para este mal no hay remedio si no se torna a comenzar, sino ir perdiendo poco a poco cada día más el alma. (1, 10)

Es necesario ser perseverantes en la oración, pues si es la puerta para entrar en el castillo, es también el medio para permanecer en él. Como ya quedó claro en la primera morada, aunque es precisamente al volver a nosotros mismos cuando nuestro desorden interior es más evidente, queda manifiesto que la oración es el único camino que puede llevarnos al centro, donde reside la verdad de nuestro ser.

MORADA 3

A los que por la misericordia de Dios han vencido estos combates, y con la perseverancia entrado a la tercera morada ¿qué les diremos, sino bienaventurado el varón que teme al Señor?...Por cierto, con razón les llamaremos bienaventurados, pues si no tornan atrás, a lo que podemos entender, llevan camino seguro de su salvación.
(1, 2)

Los que han entrado en la tercera morada, gracias a la acción de Dios que les ha ayudado a superar las primeras dificultades, están, según Teresa, en una condición óptima. Si son perseverantes, podrán continuar su viaje hasta la sala central.

Estas personas desean seguir el camino del bien, para no defraudar a su Amigo de ninguna manera, como haría un vasallo con su Señor, y lo hacen con todas sus fuerzas. Por eso, emplean bien su tiempo, rezan constantemente, realizan obras de caridad hacia el prójimo, son disciplinados en el modo de hablar y de vestir, cuidan sus afectos y están dispuestos incluso a hacer pequeños sacrificios.

Sin embargo, no hay que engañarse pensando que las dificultades han terminado.

Vienen de aquí las grandes sequedades en la oración...porque como estas almas se ven que por ninguna cosa harían un pecado, y muchas que aun venial de advertencia no le harían, y que gastan bien su vida y su hacienda, no pueden poner a paciencia que se les cierre la puerta para entrar adonde está nuestro Rey, por cuyos vasallos se tienen y lo son. Mas aunque acá tenga muchos el rey de la tierra, no entran todos hasta su cámara.
(1, 6)

¡Oh humildad, humildad! No sé qué tentación me tengo en este caso que no puedo acabar de creer a quien tanto caso hace de estas sequedades, sino que es un poco de falta de ella. (1, 7)

Los que han llegado a este punto, habiéndose liberado de los animalillos peligrosos de las primeras moradas, desprendiéndose del mundo y de sus atracciones, creen con cierta presunción que la lucha ha terminado y que Dios les concederá el acceso inmediato a la morada real. Sin embargo, cuando luego se dan cuenta de que esto no sucede inmediatamente, acaban por desanimarse e incluso sienten una profunda sequedad en los momentos de oración.

Nadie puede dudar de que, si uno está decidido a no dejarse atrapar por sus propios vicios y adicciones, obtendrá lo que desea, pero hay una condición fundamental. Teresa subraya, como en tantas otras ocasiones, que es necesaria la humildad, sin la cual no es posible avanzar. El peligro está en esperar que Dios razone según nuestras categorías

humanas y nos devuelva inmediatamente nuestros esfuerzos concediéndonos a cambio seguridad y felicidad, pero ¡el amor no es un intercambio de favores!

En la relación de amistad emprendida es fundamental tener claro quiénes somos nosotros y quién es el Amigo, respetando los roles: nosotros somos las criaturas amadas y Él es el Creador, nosotros somos los vasallos y Él es el Rey. Por eso, debemos confiar y saber esperar, sabiendo que Él recompensará a su debido tiempo no tanto nuestros méritos como nuestra determinación de seguir su voluntad.

Vengamos a estas almas tan concertadas, veamos qué hacen por Dios y luego veremos cómo no tenemos razón de quejarnos de Su Majestad. Porque si le volvemos las espaldas y nos vamos tristes como el mancebo del Evangelio, cuando nos dice lo que hemos de hacer para ser perfectos, ¿qué queréis que haga Su Majestad, que ha de dar el premio conforme al amor que le tenemos? Y este amor, hijas, no ha de ser fabricado en nuestra imaginación, sino probado por obras; y no penséis que ha menester nuestras obras, sino la determinación de nuestra voluntad. (1, 7)

Teresa sigue analizando la dinámica de esta morada. Cuando nos educamos en el amor y nos esforzamos por hacer buenas obras, pensamos que nuestro corazón ya pertenece totalmente a Dios, pero nos equivocamos. De hecho, aún no estamos completamente libres de nuestro egoísmo y autosuficiencia.

Para ayudar al lector a entender lo que quiere decir, Teresa utiliza como ejemplo un personaje bíblico en el que se ve reflejada cuando llega a este punto del camino. Se trata de la escena evangélica relatada por San Mateo en la que un joven generoso se pone en marcha en busca de Jesús. Lo ha hecho todo bien desde que era un niño. Sin embargo, es una pena que lo hiciera todo menos lo que Jesús le propone, es decir, dejar sus riquezas para seguirle. El joven no sabe cómo renunciar a ella y se marcha entristecido.

Estamos en una etapa en la que pensamos que tenemos plena confianza en el Amigo y que estaremos dispuestos a hacer cualquier cosa por Él. En realidad, todavía no estamos preparados para dejar nuestra vida y nuestras preocupaciones completamente en Sus manos y seguimos teniendo las riendas en nuestras propias manos.

Pruébanos, tú, Señor, que sabes las verdades, para que nos conozcamos. (1, 9)

Yo he conocido algunas almas, y aun creo puedo decir hartas, de las que han llegado a este estado, y estado y vivido muchos años en esta rectitud y concierto, alma y cuerpo, a lo que se puede entender, y después de ellos que ya parece habían de estar señores del mundo, al menos bien desengañados de él, probarlos Su Majestad en cosas no muy grandes, y andar con tanta inquietud y apretamiento de corazón, que a mí me traían tonta y aun temerosa harta. (2, 1)



Porque muchas veces quiere Dios que sus escogidos sientan su miseria, y aparta un poco su favor, que no es menester más, que a osadas que nos conozcamos bien presto. Y luego se entiende esta manera de probarlos, porque entienden ellos su falta muy claramente, y a las veces les da más pena ésta de ver que, sin poder más, sienten cosas de la tierra y no muy pesadas, que lo mismo de que tienen pena. (2, 2)

Para Teresa, sólo el Señor puede intervenir para desenmascarar nuestra verdadera falta de confianza en Él y nuestra autosuficiencia poniéndonos a prueba. A veces se trata de situaciones casi irrelevantes que nos sumen en el miedo y el desánimo. Sin embargo, es precisamente en esos momentos cuando volvemos a ser conscientes de nuestra fragilidad y de lo mucho que necesitamos la ayuda de Dios.

Quiero decir alguna de ellas, porque nos entendamos y nos probemos a nosotras mismas antes que nos pruebe el Señor, que sería muy gran cosa estar apercibidas y habernos entendido primero. (2, 3)

Viene a una persona rica, sin hijos ni para quién querer la hacienda, una falta de ella, mas no es de manera que en lo que le queda le puede faltar lo necesario para sí y para su casa, y sobrado. Si éste anduviese con tanto desasosiego e inquietud como si no le quedara un pan que comer, ¿cómo ha de pedirle nuestro Señor que lo deje todo por El?

Tiene una persona bien de comer, y aun sobrado; ofrécese poder adquirir más hacienda: tomarlo, si se lo dan, enhorabuena, pase; mas procurarlo y, después de tenerlo, procurar más y más, tenga cuan buena intención quisiere, que no hayan miedo que suban a las moradas más juntas al Rey. (2, 4)

De esta manera es si se les ofrece algo de que los desprecien o quiten un poco de honra; que, aunque les hace Dios merced de que lo sufran bien muchas veces, allá les queda una inquietud que no se pueden valer, ni acaba de acabarse tan presto. (2, 5)

Teresa propone ejemplos concretos de "pruebas" para que, cuando lleguen, estemos preparados para afrontarlas. Algunas personas pueden verse afectadas por una grave crisis económica que les haga pasar de la abundancia a la estrechez; otras, por el contrario, teniendo la oportunidad de hacer fortuna, pueden volverse cada vez más dependientes del deseo inmoderado de acumular riqueza; otras pueden sufrir una degradación de su imagen social con el consiguiente deterioro de su prestigio.

Es en estas ocasiones cuando se pone a prueba nuestra fe. ¿Seremos entonces capaces de aceptar lo que sucede, poniendo nuestra vida completamente en manos del Señor sin quejas inútiles? ¿O seguiremos resentidos con Él, moviéndonos entre momentos de confianza y momentos de desánimo? De cómo afrontemos estas pruebas dependerá que entremos o no en la cuarta morada.

MORADA 4

Para comenzar a hablar de la cuarta morada bien he menester lo que he hecho, que es encomendarme al Espíritu Santo y suplicarle de aquí en adelante hable por mí, para decir algo de las que quedan de manera que lo entendáis; porque comienzan a ser cosas sobrenaturales, y es dificultosísimo de dar a entender, si Su Majestad no lo hace. (1, 1)

Como ya estas moradas se llegan más adonde está el Rey, es grande su hermosura y hay cosas tan delicadas que ver y que entender, que el entendimiento no es capaz para poder dar traza cómo se diga siquiera algo que venga tan al justo que no quede bien oscuro para los que no tienen experiencia; que quien la tiene muy bien lo entenderá, en especial si es mucha. (1, 2)

La cuarta morada es una especie de línea divisoria entre la tercera y la quinta. Después de los grandes esfuerzos realizados en las estancias anteriores para conformar nuestra voluntad a la de Dios, ahora se produce un cambio de rumbo: es Él quien se hace presente en nuestra interioridad, al margen de nuestras acciones, haciéndonos saborear una alegría que nunca antes habíamos sentido. El cambio es evidente en el modo de orar, hecho de momentos de profundo recogimiento, y en el modo de amar, que es absolutamente nuevo, precisamente porque se basa en un nuevo tipo de gratitud amorosa de Dios.

Lo que aquí sucede es difícil de explicar para quien no lo ha vivido, por lo que Teresa invoca la acción del Espíritu Santo para que le inspire las palabras adecuadas para hacerse entender mejor.

Pues hablando de lo que dije que diría aquí, de la diferencia que hay entre contentos en la oración o gustos, los contentos me parece a mí se pueden llamar los que nosotros adquirimos con nuestra meditación y peticiones a nuestro Señor, que procede de nuestro natural, aunque en fin ayuda para ello Dios, que hace de entender en cuanto dijere que no podemos nada sin El...Los gustos comienzan de Dios. (1, 4)

Hagamos cuenta, para entenderlo mejor, que vemos dos fuentes con dos pilas que se hincen de agua. (2, 2)

Estos dos pilones se hincen de agua de diferentes maneras: el uno viene de más lejos por muchos caños y artificios; el otro está hecho en el mismo nacimiento del agua y se va hinchendo sin ningún ruido, y si es el manantial caudaloso, como éste del que hablamos, después de hencido este pilón procede un gran arroyo; ni es menester artificio, ni se acaba el edificio de los arcaduces, sino siempre está procediendo agua de allí. Es la diferencia que la que viene por arcaduces es, a mi parecer, los "contentos" que tengo dicho que se sacan con la meditación; porque los traemos con los

pensamientos, ayudándonos de las criaturas en la meditación y cansando el entendimiento; y como viene en fin con nuestras diligencias, hace ruido cuando ha de haber algún henchimiento de provechos que hace en el alma, como queda dicho. (2, 3)

La otra fuente, viene el agua de su mismo nacimiento, que es Dios, y así como Su Majestad quiere, cuando es servido hacer alguna merced sobrenatural, produce con grandísima paz y quietud y suavidad de lo muy interior de nosotros mismos, yo no sé hacia dónde ni cómo, ni aquel contento y deleite se siente como los de acá en el corazón - digo en su principio, que después todo lo llena - se va revertiendo este agua por todas las moradas y potencias hasta llegar al cuerpo. (2, 4)

En la cuarta morada se experimenta una nueva alegría, diferente a la conocida en las moradas anteriores, llamada por Teresa "gustos espirituales". De hecho, la Santa distingue entre los momentos de alegría que son el resultado de nuestras acciones (cuando ayudamos a una persona, cuando meditamos un pasaje del Evangelio, cuando nos encontramos con un ser querido) y una abundante alegría interior que no proviene de nuestras acciones, sino que es provocada interiormente por Dios en el alma.

Como siempre, Teresa utiliza una imagen para ayudarnos a entender su experiencia, la de las dos fuentes. La primera representa el esfuerzo del hombre por alimentar la vida del castillo, está situada en el exterior, extrae el agua de fuentes escasas y lejanas, conduciéndola a través de un sistema de acueductos que no la libran de la dispersión, ni del polvo y el barro. La otra fuente tiene su origen en el Señor del castillo, está situada en lo más íntimo, en las entrañas mismas del espíritu humano. Y es que lo más profundo del hombre, la última morada, es una especie de apertura radical a Dios y a lo divino.

Tornando al verso, en lo que me puede aprovechar, a mi parecer, para aquí, es en aquel ensanchamiento; que así parece que, como comienza a producir aquella agua celestial de este manantial que digo de lo profundo de nosotros, parece que se va dilatando y ensanchando todo nuestro interior y produciendo unos bienes que no se pueden decir, ni aun el alma sabe entender qué es lo que se le da allí. Entiende una fragancia, digamos ahora, como si en aquel hondón interior estuviese un brasero adonde se echasen olorosos perfumes; ni se ve la lumbre, ni dónde está; mas el calor y humo oloroso penetra toda el alma y aun hartas veces como he dicho participa el cuerpo. (2, 6)

Al escribir, Teresa enlaza su exposición con el verso del Salmo 118, rezado en la liturgia de la mañana "Cuando has ensanchado mi corazón". En la cuarta morada, en efecto, nuestro corazón, es decir, nuestra interioridad, se dilata: pasamos del esfuerzo y la lucha a un misterioso flujo de sentimientos, emociones, afectos interiores, que brotan de los pliegues más profundos del alma y amplían el espacio interior.



Esta segunda fuente crece y se expande en proporción al crecimiento del agua que brota de ella, es decir, el amor de Dios que hace fértil el corazón del hombre.

Junto a la imagen del agua, se nos propone otra imagen: el amor del Señor es como un fuego en el que arden esencias fragantes que luego inundan todo el cuerpo.

Después de hacer lo que los de las moradas pasadas, ¡humildad, humildad! Por ésta se deja vencer el Señor a cuanto de él queremos; y lo primero en que veréis si la tenéis, es en no pensar que merecéis estas mercedes y gustos del Señor ni los habéis de tener en vuestra vida.

Diréisme que de esta manera que ¿cómo se han de alcanzar no los procurando? A esto respondo que no hay otra mejor de la que os he dicho y no los procurar, por estas razones: la primera, porque lo primero que para esto es menester es amar a Dios sin interés; la segunda, porque es un poco de poca humildad pensar que por nuestros servicios miserables se ha de alcanzar cosa tan grande; la tercera, porque el verdadero aparejo para esto es deseo de padecer y de imitar al Señor y no gustos, los que, en fin, le hemos ofendido; la cuarta, porque no está obligado Su Majestad a dárnoslos, como a darnos la gloria si guardamos sus mandamientos, que sin esto nos podremos salvar y sabe mejor que nosotros lo que nos conviene y quién le ama de verdad...la quinta es, porque trabajaremos en balde, que como no se ha de traer esta agua por arcaduces como la pasada, si el manantial no la quiere producir, poco aprovecha que nos cansemos. Quiero decir que aunque más meditación tengamos y aunque más nos estrujemos y tengamos lágrimas, no viene este agua por aquí. Sólo se da a quien Dios quiere y cuando más descuidada está muchas veces el alma. (2, 9)

La ilusión fácil en la que se puede caer es que podemos obtener los dones de Dios mediante el esfuerzo personal, pero son gratuitos y sólo podemos prepararnos para recibirlos. Una vez más, se requiere mucha humildad, como los buenos caballeros que quieren servir a su rey, sin pensar en la recompensa. Por el contrario, debemos estar dispuestos a sufrir, tomando a Jesús como modelo, para parecernos cada vez más a Él.

Hablaré ahora de la oración de recogimiento que comienza casi siempre primero que la de quietud. (3, 1)

Hagamos cuenta que estos sentidos y potencias (que ya he dicho que son la gente de este castillo, que es lo que he tomado para saber decir algo), que se han ido fuera y andan con gente extraña, enemiga del bien de este castillo, días y años; y que ya se han ido, viendo su perdición, acercando a él, aunque no acaban de estar dentro porque esta costumbre es recia cosa, sino no son ya traidores y andan alrededor. Visto ya el gran Rey, que está en la morada de este castillo, su buena voluntad, por su gran misericordia, quíérellos tornar a él y, como buen pastor, con un silbo tan suave, que aun casi ellos mismos no le entienden, hace que conozcan su voz y que no anden tan perdidos, sino que se tornen a su morada. Y tiene tanta fuerza este silbo del pastor, que

desamparan las cosas exteriores en que estaban enajenados y métense en el castillo. (3, 2)

Paréceme que he leído que como un erizo o tortuga, cuando se retiran hacia sí, y debíalo de entender bien quien lo escribió. Mas éstos, ellos se entran cuando quieren; acá no está en nuestro querer sino cuando Dios nos quiere hacer esta merced. Tengo para mí que cuando Su Majestad la hace, es a personas que van ya dando de mano a las cosas del mundo. (3, 3)

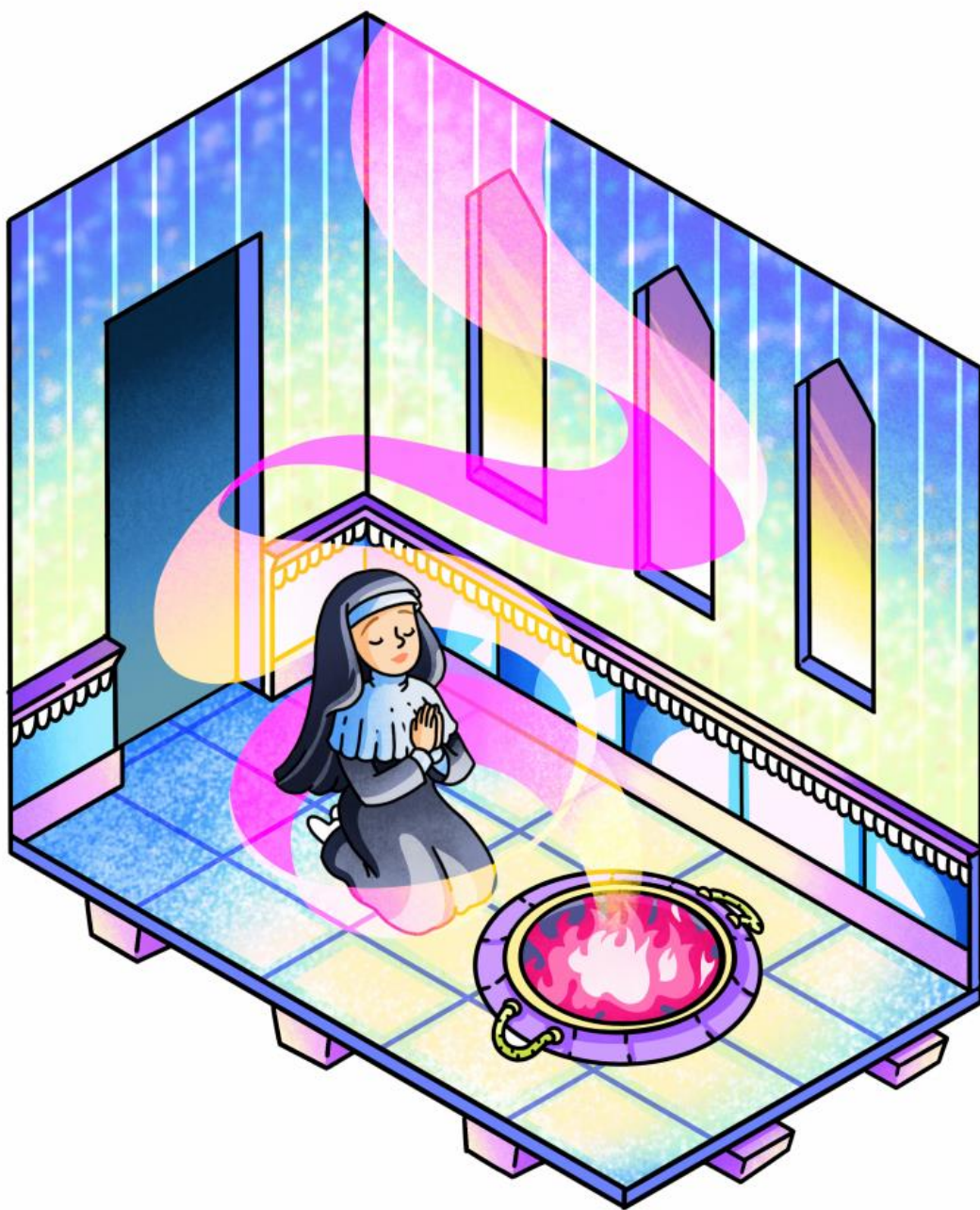
En la cuarta morada cambia la forma de rezar. Teresa habla de "oración de recogimiento y quietud" para indicar esta nueva forma de orar. Al igual que un pastor reúne a sus ovejas con un silbo, del mismo modo Dios aleja todo lo externo que podría distraernos para hacernos permanecer en su presencia. Nos abandonamos así, en la medida de lo posible, a su acción, saliendo renovados y con el único deseo de alabarle inmensamente.

Este recogimiento interior, sin embargo, no depende de nosotros, porque no consiste en replegarse en nosotros mismos como lo haría un erizo o una tortuga, que se retira a su caparazón cuando quiere, sino que depende de Dios. La concede libremente, cómo y cuando Él quiere, a las personas que tanto han luchado por apartarse de las atracciones del mundo.

La persona queda mejorada en todas las virtudes y no dejará de ir creciendo, si no torna atrás ya, a hacer ofensas de Dios, porque entonces todo se pierde, por subida que esté un alma en la cumbre. (3, 9)

De una cosa aviso mucho a quien se viere en este estado: que se guarde muy mucho de ponerse en ocasiones de ofender a Dios; porque aquí no está aún el alma criada, sino como un niño que comienza a mamar, que si se aparta de los pechos de su madre, ¿qué se puede esperar de él sino la muerte? Yo he mucho temor que a quien Dios hubiere hecho esta merced y se apartare de la oración, que será así, si no es con grandísima ocasión o si no torna presto a ella, porque irá de mal en peor. (3, 10)

Teresa ofrece una recomendación importante: una vez más subraya que para avanzar no hay que retroceder y ofender a Dios ni dejar de rezar. Además, nos ofrece una imagen para describir quién ha llegado a esta sala. Lo explicaremos con sus propias palabras en el comentario del "Cantar de los Cantares". *Aquí sucede como un niño que crece y chupa sin entender el camino; de hecho muchas veces sin ni siquiera amamantar, porque le metían leche en la boca sin que se moviera. Así, el alma no sabe nada de sí misma [...] y ni siquiera puede comprender de qué manera y de quién le llega tal bien. Solo sabe que es el mayor bien que se puede disfrutar en esta vida, superior a todos los bienes y satisfacciones del mundo en conjunto. Se siente crecida y mejorada sin saber cuándo se lo ha merecido [...] Son dulzuras con las que no sabría con qué comparar excepto la ternura de una madre que, ardiendo de amor por uno de sus hijos, lo amamanta y lo cubre con caricias.*



MORADA 5

¡Oh hermanas!, ¿cómo os podría yo decir la riqueza y tesoros y deleites que hay en la quinta morada? Creo fuera mejor no decir nada de las que faltan, pues no se ha de saber decir ni el entendimiento lo sabe entender ni las comparaciones pueden servir de declararlo, porque son muy bajas las cosas de la tierra para este fin.

Enviad, Señor mío, del cielo luz para que yo pueda dar alguna a estas vuestras siervas.
(1, 1)

Las tres últimas moradas son las de la unión del alma con Dios. Teresa deja por un momento la pluma y se siente tentada de no seguir escribiendo, porque es difícil explicar con palabras humanas las maravillas que ella misma ha experimentado. Recurre así a una profunda invocación religiosa, para poder instruir a sus hermanas en la verdad.

Entonces, ¿qué significa la unión? ¿no es ya Dios el habitante absoluto del hombre? ¿no se queda en el castillo, pase lo que pase? Ciertamente lo hace pero, aunque hemos crecido en la conciencia de su presencia, no lo sentimos, ni lo percibimos como cuando tocamos un objeto. Hay como un velo entre nosotros y Él. Por lo tanto, es precisamente este tipo de barrera la que ahora se rompe sólo por su amor y gracia, para que el alma finalmente se encuentre con su Rey.

Ya habréis oído sus maravillas en cómo se cría la seda, que sólo El pudo hacer semejante invención, y cómo de una simiente, dicen que es a manera de granos de pimienta pequeños, con el calor, en comenzando a haber hoja en los morales, comienza esta simiente a vivir; que hasta que hay este mantenimiento de que se sustentan, se está muerta; y con hojas de moral se crían, hasta que, después de grandes, les ponen unas ramillas y allí con las boquillas van de sí mismos hilando la seda y hacen unos capuchillos muy apretados adonde se encierran; y acaba este gusano que es grande y feo, y sale del mismo capucho una mariposica blanca, muy graciosa. (2, 2)

Pues crecido este gusano, comienza a labrar la seda y edificar la casa adonde ha de morir. Esta casa querría dar a entender aquí, que es Cristo. En una parte me parece he leído u oído que nuestra vida está escondida en Cristo, o en Dios, que todo es uno, o que nuestra vida es Cristo. (2, 4)

Teresa ha conocido de primera mano las maravillas del gusano de seda en Andalucía. Ahora esta pequeña criatura se convierte en el símbolo de la metamorfosis a la que está sometida el alma en las últimas estancias. El gusano de seda nace de una pequeña semilla, se alimenta de hojas de morera recién florecidas y, una vez que ha crecido, teje su propio refugio, el capullo. En este punto Teresa introduce en el proceso algo que ella imagina: el gusano muere en el secreto de su capullo. Finalmente, el capullo se rompe y emerge una mariposa blanca que ya no se arrastra por el suelo, sino que vuela.





La unión con Dios pasa inevitablemente por una muerte radical respecto al modo de vida humano anterior para abrirse a otro modo de vida: tejer el capullo, como el gusano, equivale a despojarse del peso del egoísmo, del orgullo y de los apegos desordenados para renacer como la mariposa, interiormente libre, llena de Amor, deseosa de darse a los demás sin reservas. Evidentemente, para Teresa, el modelo por excelencia es Jesús. En Él se ha realizado la plena unión entre la naturaleza humana y la naturaleza divina.

Porque verdaderamente el alma allí no hace más que la cera cuando imprime otro el sello, que la cera no se le imprime a sí, sólo está dispuesta, digo blanda; y aun para esta disposición tampoco se ablanda ella, sino que se está queda y lo consiente. ¡Oh bondad de Dios, que todo ha de ser a vuestra costa! Sólo queréis nuestra voluntad y que no haya impedimento en la cera. (2, 12)

Teresa es plenamente consciente de que la unión con Dios es, ante todo, una gracia: sólo podemos disponernos de todo corazón a dejar nuestra voluntad en manos de Dios, pero es Él quien debe realizar después la acción decisiva en nosotros. Y lo hace con un acto absolutamente gratuito.

Para explicar mejor este concepto utiliza otra imagen, la del sello y el lacre. Para imprimirlo, el sello se une fuertemente a él hasta sumergirse en su interior. El sello es, pues, una garantía de pertenencia y posesión.

Acá solas estas dos que nos pide el Señor: amor de Su Majestad y del prójimo, es en lo que hemos de trabajar. Guardándolas con perfección, hacemos su voluntad, y así estaremos unidos con El. (3, 7)

La más cierta señal que, a mi parecer, hay de si guardamos estas dos cosas, es guardando bien la del amor del prójimo; porque si amamos a Dios no se puede saber, aunque hay indicios grandes para entender que le amamos; mas el amor del prójimo, sí. Y estad ciertas que mientras más en éste os viereis aprovechadas, más lo estáis en el amor de Dios; porque es tan grande el que Su Majestad nos tiene, que en pago del que tenemos al prójimo hará que crezca el que tenemos a Su Majestad por mil maneras. En esto yo no puedo dudar. (3, 8)

Impórtanos mucho andar con gran advertencia cómo andamos en esto, que si es con mucha perfección, todo lo tenemos hecho; porque creo yo que según es malo nuestro natural, que si no es naciendo de raíz del amor de Dios, que no llegaremos a tener con perfección el del prójimo. (3, 9)

Al llegar a la quinta morada, el habitante del castillo comienza a vivir para los demás, no le basta con recibir los dones de Dios, ahora desea difundirlos. Se reafirman los dos mandamientos de Jesús en los evangelios: "Amarás al Señor tu Dios y a tu prójimo como a ti mismo", donde el amor de Dios por nosotros es la fuente del amor humano y, a su vez, nuestro amor por los hermanos es el parámetro de nuestro amor por Dios.

Paréceme a mí que la unión aún no llega a desposorio espiritual; sino, como por acá cuando se han de desposar dos, se trata si son conformes y que el uno y el otro quieran, y aun que se vean, para que más se satisfaga el uno del otro, así acá, presupuesto que el concierto está ya hecho y que esta alma está muy bien informada cuán bien le está y determinada a hacer en todo la voluntad de su Esposo de todas cuantas maneras ella viere que le ha de dar contento, y Su Majestad, como quien bien entenderá si es así, lo está de ella, y así hace esta misericordia, que quiere que le entienda más y que, como dicen, vengan a vistas y juntarla consigo. Podemos decir que es así esto, porque pasa en brevísimo tiempo. Allí no hay más dar y tomar, sino un ver el alma, por una manera secreta, quién es este Esposo que ha de tomar; porque por los sentidos y potencias en ninguna manera podía entender en mil años lo que aquí entiende en brevísimo tiempo. Mas como es tal el Esposo, de sola aquella vista la deja más digna de que se vengan a dar las manos, como dicen; porque queda el alma tan enamorada, que hace de su parte lo que puede para que no se desconcierte este divino desposorio. (4, 4)

Teresa, basándose en los conocimientos bíblicos y en la vida social de su tiempo, representa la unión como un camino dividido en tres etapas: cortejo, noviazgo y matrimonio, que corresponden respectivamente a la quinta, sexta y séptima morada.

El cortejo, que corresponde a esta morada, se compone principalmente de miradas: en el plano social, es el comienzo de un conocimiento entre los futuros esposos; en el plano simbólico, es una iluminación fugaz y transformadora que permite al alma conocer Aquél que tomará como Esposo. El noviazgo será el paso del conocimiento al amor.



MORADA 6

Pues vengamos con el favor del Espíritu Santo a hablar en la sexta morada, adonde el alma ya queda herida del amor del Esposo y procura más lugar para estar sola y quitar todo lo que puede, conforme a su estado, que la puede estorbar de esta soledad. Está tan esculpida en el alma aquella vista, que todo su deseo es tornarla a gozar. (1, 1)

Al igual que en las dos moradas anteriores, de nuevo Teresa comienza este capítulo con una oración de invocación al Espíritu Santo. No se trata de un mero adorno literario, sino de un acto religioso y una invitación a que los lectores prestemos atención. En la sexta morada relata cosas extraordinarias e inefables, que sólo pueden comprender quienes las han experimentado directamente. Se expresa con palabras como éxtasis, visiones, fenómenos desconocidos para nosotros. Estas son las formas en que se manifiestan los desposorios espirituales entre el alma y su Dios, es decir, el paso del conocimiento del Esposo al amor.

La imagen introductoria de la herida de amor se refiere a una gracia recibida por Teresa, conocida como "Transverberación": mientras rezaba, un ángel hirió su corazón con una flecha, dejándola llena del amor de Dios. Gian Lorenzo Bernini reprodujo esta escena en la famosa estatua que se encuentra en la iglesia de "Santa Maria della Vittoria" de Roma. Es una profunda purificación del corazón.

Todo es para más desear gozar al Esposo; y Su Majestad, como quien conoce nuestra flaqueza, vala habilitando con estas cosas y otras muchas para que tenga ánimo de juntarse con tan gran Señor y tomarle por Esposo. (4, 1)

Y así veréis lo que hace Su Majestad para concluir este desposorio, que entiendo yo debe ser cuando da arrobamientos, que la saca de sus sentidos. (4, 2)

Una manera hay que estando el alma, aunque no sea en oración, tocada con alguna palabra que se acordó u oye de Dios, parece que Su Majestad desde lo interior del alma hace crecer la centella que dijimos ya, movido de piedad de haberla visto padecer tanto tiempo por su deseo, que abrasada toda ella como un ave fénix queda renovada y, piadosamente se puede creer, perdonadas sus culpas, y así limpia, la junta consigo, sin entender aquí nadie sino ellos dos. (4, 3)

No parece sino que aquel pilar de agua que dijimos creo era en la cuarta morada, que no me acuerdo bien que con tanta suavidad y mansedumbre, digo sin ningún movimiento, se henchía, aquí desató este gran Dios, que detiene los manantiales de las aguas y no deja salir la mar de sus términos, los manantiales por donde venía a este pilar del agua; y con un ímpetu grande se levanta una ola tan poderosa, que sube a lo alto esta navecica de nuestra alma. Y así como no puede una nave, ni es poderoso el piloto, ni todos los que la gobiernan, para que las olas, si vienen con furia, la dejen

estar adonde quieren, muy menos puede lo interior del alma detenerse en donde quiere, ni hacer que sus sentidos ni potencias hagan más de lo que les tienen mandado, que lo exterior no se hace aquí caso de ello. (5, 3)

En esta morada el alma, en diversos momentos, impulsada por ardientes deseos, encendidos por Dios mismo, está sujeta a un fenómeno llamado "éxtasis": es como salir de sí misma, atraída por Dios, que es capaz de elevar el espíritu humano.

Santa Teresa sabe que esta realidad no es fácil de entender y, una vez más, utiliza imágenes: el éxtasis se asemeja a una chispa que enciende el espíritu, para purificarlo y hacerlo renacer de sus cenizas como el Ave Fénix, o a un barco levantado por las olas del océano, donde el océano es Dios, el barco y el piloto son el alma.

¡Oh, cuando el alma torna ya del todo en sí, qué es la confusión que le queda y los deseos tan grandísimos de emplearse en Dios de todas cuantas maneras se quisiere servir de ella! Si de las oraciones pasadas quedan tales efectos como quedan dichos, ¿qué será de una merced tan grande como ésta? Querría tener mil vidas para emplearlas todas en Dios, y que todas cuantas cosas hay en la tierra fuesen lenguas para alabarle por ella. (4, 15)

Da Dios a estas almas un deseo tan grandísimo de no le descontentar en cosa ninguna, por poquito que sea, ni hacer una imperfección, si pudiese, que por solo esto, aunque no fuese por más, querría huir de las gentes y ha gran envidia a los que viven y han vivido en los desiertos. Por otra parte, se querría meter en mitad del mundo, por ver si pudiese ser parte para que un alma alabase más a Dios. (6, 3)

La relación de amistad que establecemos con el Señor no tiene que ver sólo con nosotros mismos, sino con todos los que nos rodean; es un reflejo de nuestra forma de relacionarnos con los demás. No se trata de un repliegue sobre la propia interioridad, ni de un simple sentimentalismo. Por un lado, le gustaría estar sola para disfrutar de su Esposo, pero por otro lado, siente la urgente necesidad de proclamar la grandeza de su Dios a todos.

Nos encontramos ante un amor ya maduro, liberado de su propio egoísmo y deseoso sólo de agradar al Amado, entregándose a Él sin reservas. Estamos decididos a no cometer la más mínima ofensa contra nuestro Amigo y queremos que todos lo alaben.

Pareceros ha hermanas, que a estas almas que el Señor se comunica tan particularmente en especial podrán pensar esto que diré las que no hubieren llegado a estas mercedes, porque si lo han gozado, y es de Dios, verán lo que yo diré, que estarán ya tan seguras de que han de gozarle para siempre, que no tendrán que temer ni que llorar sus pecados; y será muy gran engaño, porque el dolor de los pecados crece más, mientras más se recibe de nuestro Dios. (7, 1)



En las moradas, Teresa nunca pierde de vista una actitud fundamental del camino, la humildad, el reconocimiento de que lo que somos y tenemos no depende de nosotros, sino que es un don de Dios.

Os parecerá que quien goza de cosas tan altas no tendrá meditación en los misterios de la sacratísima Humanidad de nuestro Señor Jesucristo, porque se ejercitará ya toda en amor. (7, 5)

Jesús para Teresa es el centro de la vida cristiana: con sus enseñanzas y, sobre todo, con su muerte y resurrección nos revela quién es Dios.

Aunque haya muchos años que el alma reciba estos favores, siempre gime y anda llorosa, porque de cada uno de ellos le queda mayor dolor. Es la causa, que como va conociendo más y más las grandezas de su Dios y se ve estar tan ausente y apartada de gozarle, crece mucho más el deseo; porque también crece el amar, mientras más se le descubre lo que merece ser amado este gran Dios y Señor. (11, 1)

En el último capítulo, Teresa hablará del creciente deseo de estar unida a Dios y lo describe como un fuego, como una llama que abrasa el alma, creando en ella una extraña soledad, dejándola como suspendida en el aire, lejos de las cosas terrenales, pero sin poder subir al cielo, como cuando uno arde de sed sin poder alcanzar el agua.

Estos impulsos incontrolables son el modo que el Señor elige para introducirnos en su morada real, para luego unirnos a Él en matrimonio espiritual.



MORADA 7

Pareceros ha, hermanas, que está dicho tanto en este camino espiritual, que no es posible quedar nada por decir. Harto desatino sería pensar esto; pues la grandeza de Dios no tiene término, tampoco le tendrán sus obras. ¿Quién acabará de contar sus misericordias y grandezas? Es imposible, y así no os espantéis de lo que está dicho y se dijere, porque es una cifra de lo que hay que contar de Dios. (1, 1)

Después de lo recibido en la sexta morada, uno podría creer que el viaje ya ha terminado, pero por el contrario, la grandeza de Dios no tiene límites. Teresa nos revela el mayor secreto: el encuentro definitivo entre Dios y el alma. De esta profunda unión el hombre sale totalmente transformado, alcanzando la plena madurez de la vida cristiana.

Cuando nuestro Señor es servido haber piedad de lo que padece y ha padecido por su deseo esta alma que ya espiritualmente ha tomado por esposa, primero que se consuma el matrimonio espiritual métela en su morada, que es esta séptima; porque así como la tiene en el cielo, debe tener en el alma una estancia adonde sólo Su Majestad mora, y digamos otro cielo. (1, 3)

Finalmente llegamos al centro del castillo, al centro del alma, al centro de nosotros mismos. Dios nos introduce por propia iniciativa en la séptima morada, la de su estancia, y luego une su Espíritu divino con nuestro espíritu humano, una unión que Teresa llama matrimonio espiritual.

Metida en aquella morada, por visión intelectual, por cierta manera de representación de la verdad, se le muestra la Santísima Trinidad, todas tres personas, con una inflamación que primero viene a su espíritu a manera de una nube de grandísima claridad, y estas Personas distintas, y por una noticia admirable que se da al alma, entiende con grandísima verdad ser todas tres Personas una sustancia y un poder y un saber y un solo Dios. (1, 6)

Teresa nos revela que la séptima morada es la de la Trinidad. Aquí las tres Personas divinas se comunican con nosotros en lo más profundo de nuestro ser.

Es un misterio tan inefable que sólo podemos recurrir a los símbolos para captar algún aspecto del mismo. Se dice, por ejemplo, que San Patricio utilizó el trébol como icono de la Trinidad para acercar al pueblo irlandés a esta verdad de fe: las tres hojas en un solo tallo simbolizan que Dios es Uno en tres Personas, a saber, Padre, Hijo y Espíritu Santo.

El traer esta presencia entiéndese que no es tan enteramente, digo tan claramente, como se le manifiesta la primera vez y otras algunas que quiere Dios hacerle este regalo; porque si esto fuese, era imposible entender en otra cosa, ni aun vivir entre la

gente; mas aunque no es con esta tan clara luz siempre que advierte se halla con esta compañía. Digamos ahora como una persona que estuviese en una muy clara pieza con otras y cerrasen las ventanas y se quedase a oscuras; no porque se quitó la luz para verlas y que hasta tornar la luz no las ve, deja de entender que están allí. Es de preguntar si cuando torna la luz y las quiere tornar a ver, si puede. Esto no está en su mano, sino cuando quiere nuestro Señor que se abra la ventana del entendimiento. (1, 9)

Las tres Personas residen en el alma, en lo más íntimo como en un profundo abismo. Basta con que el Señor conceda esta gracia una vez que, aunque no se repita a menudo, el alma percibe su presencia. Teresa explica que es como cuando en una habitación llena de luz nos encontramos con otras personas, aunque en un momento dado se oscurezca sabemos que están ahí aunque ya no los veamos.

Pues vengamos ahora a tratar del divino y espiritual matrimonio, aunque esta gran merced no debe cumplirse con perfección mientras vivimos pues si nos apartásemos de Dios, se perdería este tan gran bien. La primera vez que Dios hace esta merced quiere Su Majestad mostrarse al alma por visión imaginaria de su sacratísima Humanidad, para que lo entienda bien y no esté ignorante de que recibe tan soberano don. (2, 1)

Entended que hay grandísima diferencia de todas las pasadas a las de esta morada, y tan grande del desposorio espiritual al matrimonio espiritual, como le hay entre dos desposados, a los que ya no se pueden apartar. (2, 2)

Pasa esta secreta unión en el centro muy interior del alma, que debe ser adonde está el mismo Dios, y a mi parecer no ha menester puerta por donde entre... No se puede decir más de que a cuanto se puede entender queda el alma, digo el espíritu de esta alma, hecho una cosa con Dios. (2, 3)

Después de haber introducido el alma en la sala real, el Señor se une a ella. Teresa aclara que esta unión es sólo un anticipo de la unión definitiva que tendrá lugar después de la muerte y que es diferente de las gracias recibidas en la sexta morada, porque aquí el alma y su Esposo se convierten en uno, para no separarse nunca más.

Un hecho fundamental es que cuando Teresa habla del encuentro entre Dios y el alma se refiere a la misteriosa unión de la Persona de Jesús con la nuestra.

Digamos que sea la unión, como si dos velas de cera se juntasen tan en extremo, que toda la luz fuese una, o que el pábilo y la luz y la cera es todo uno; mas después bien se puede apartar la una vela de la otra, y quedan en dos velas, o el pábilo de la cera. Acá es como si cayendo agua del cielo en un río o fuente, adonde queda hecho todo agua, que no podrán ya dividir ni apartar cuál es el agua, del río, o lo que cayó del cielo; o como si un arroyico pequeño entra en la mar, no habrá remedio de apartarse; o como si en una pieza estuviesen dos ventanas por donde entrase gran luz; aunque entra dividida se hace todo una luz. (2, 4)

Teresa vuelve a utilizar el símil del agua y la luz. La unión entre Jesús y el alma es como la fusión entre la lluvia y el agua de un río, o la de un arroyo y el mar en el que desemboca; o la de la luz que entra dividida en una habitación y luego se convierte en una sola. Ya no hay separación.

No se entienda que las potencias y sentidos y pasiones están siempre en esta paz; el alma sí; mas en estas otras moradas no deja de haber tiempos de guerra y de trabajos y fatigas; mas son de manera que no se quita de su paz y puesto: esto es lo ordinario. (2, 10)

Está el Rey en su palacio, y hay muchas guerras en su reino y muchas cosas penosas, mas no por eso deja de estarse en su puesto; así acá, aunque en estotras moradas anden muchas baraúndas y fieras ponzoñosas y se oye el ruido, nadie entra en aquélla que la haga quitar de allí; ni las cosas que oye, aunque le dan alguna pena, no es de manera que la alboroten y quiten la paz, porque las pasiones están ya vencidas, de suerte que han miedo de entrar allí, porque salen más rendidas. (2, 11)

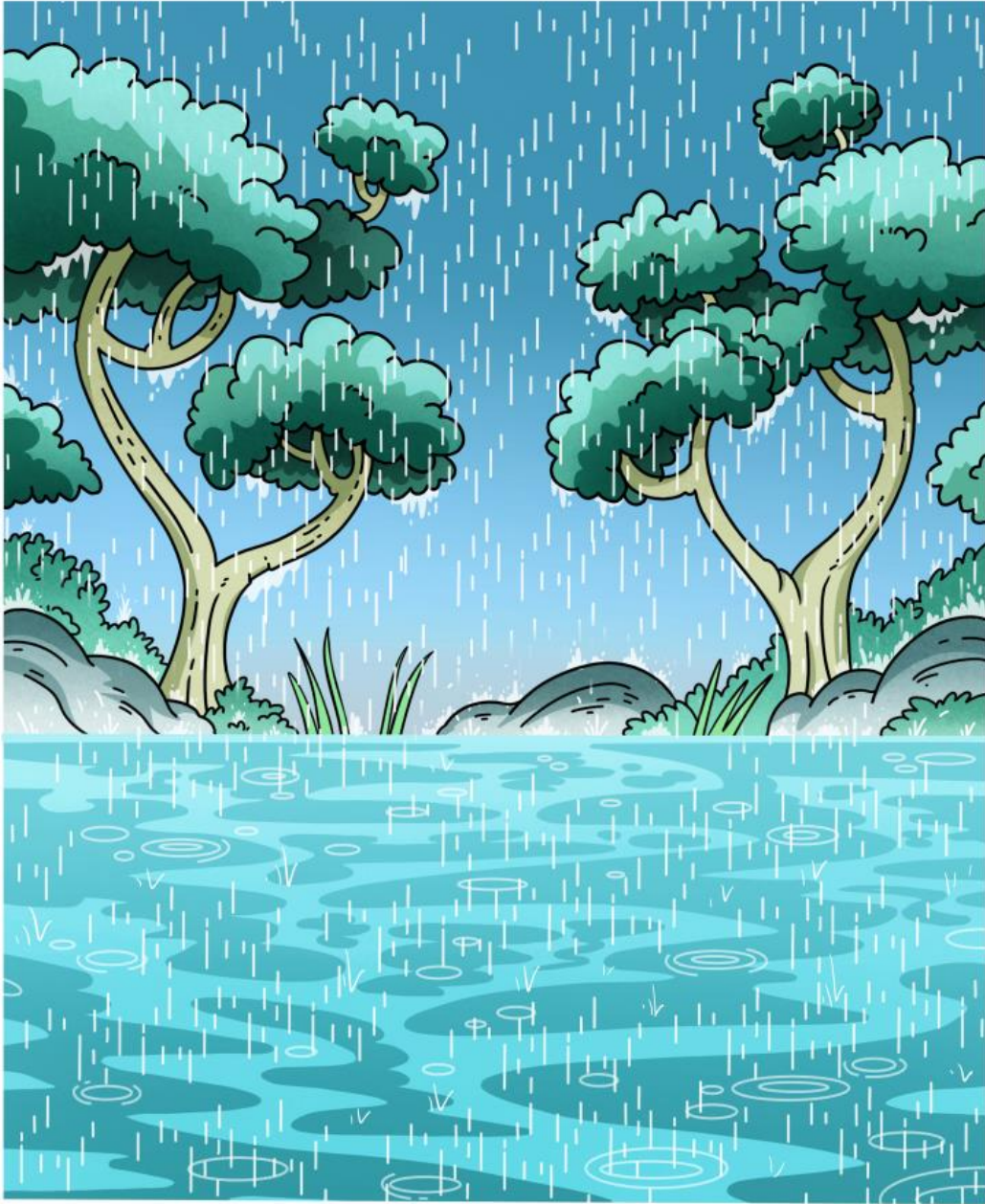
La unión genera una profunda paz incluso en medio de los sufrimientos de la vida, porque ahora la persona vive desde su propio centro, en la constante presencia del Rey, ya no abrumada por las pasiones humanas, gozando de una extrema libertad interior.

Veamos qué vida hace esta mariposica, o qué diferencia hay de cuando ella vivía; porque en los efectos veremos si es verdadero lo que queda dicho. (3, 1)

El primero, un olvido de sí, que verdaderamente parece ya no es, como queda dicho; porque toda está de tal manera que no se conoce ni se acuerda que para ella ha de haber cielo ni vida ni honra, porque toda está empleada en procurar la de Dios. (3, 2)

Teresa continúa explicando lo que distingue a los que han entrado en la séptima morada. Estas personas, en su nueva vida en Jesús, desarrollan todas las potencialidades inducidas por el bautismo. En primer lugar, no desean ningún consuelo, porque el Señor está siempre a su lado y el alma puede ahora disfrutar de Él en su propia intimidad en profundo silencio; además, están libres de toda forma de egoísmo, deseando sólo trabajar para que todos alaben a su Dios.

Tienen también estas almas un gran gozo interior cuando son perseguidas, con mucha más paz que lo que queda dicho, y sin ninguna enemistad con los que las hacen mal o desean hacer; antes les cobran amor particular, de manera que si los ven en algún trabajo lo sienten tiernamente, y cualquiera tomarían por librarlos de él, y encomiéndanlos a Dios muy de gana, y de las mercedes que les hace Su Majestad holgarían perder por que se las hiciese a ellos, porque no ofendiesen a nuestro Señor. (3, 5)



Poned los ojos en el Crucificado y haráseos todo poco. Si Su Majestad nos mostró el amor con tan espantables obras y tormentos, ¿cómo queréis contentarle con sólo palabras? ¿Sabéis qué es ser espirituales de veras? Hacerse esclavos de Dios, a quien, señalados con su hierro que es el de la cruz, porque ya ellos le han dado su libertad, los pueda vender por esclavos de todo el mundo, como El lo fue. (4, 8)

El efecto más evidente de la inmersión en el misterio de Dios consiste en la semejanza con Cristo crucificado. Por lo tanto, podríamos concluir preguntando cuál es el propósito de nuestra vida, por qué Dios interviene de esta manera para llevarnos a la séptima morada.

Todo lo que se vive y se recibe en el castillo tiene la finalidad de configurarnos con Cristo crucificado, que fue "el hombre para los demás". De la unión con Él depende nuestra fuerza en las cruces diarias y la fecundidad de nuestra vida en el servicio incondicional a los hermanos.

Así es como estamos llamados a colaborar con Dios en su Iglesia en la construcción de un mundo más humano y fraterno, hasta que un día todos seamos uno en Él, el Amor.



La Institución Teresiana es una Asociación Internacional de Laicos de la Iglesia Católica cuyo fin es contribuir a la promoción humana y social, a través de mediaciones educativas y culturales, participando en la misión evangelizadora de la Iglesia. Fundada por el sacerdote y pedagogo San Pedro Poveda, en Covadonga (España) en 1911, extiende su presencia en una treintena de países de los continentes europeo, americano, asiático y africano.

Sus asociados viven los valores del Evangelio, buscan una preparación religiosa y profesional, y realizan la misión de la Institución Teresiana, integrando fe y vida, asumiendo la tarea de una presencia activa en la sociedad, en las entidades públicas y privadas, mediante el ejercicio de la profesión.

El nombre Institución Teresiana está inspirado en Santa Teresa de Jesús (Ávila), quien, como dijo Pedro Poveda, vivió “una vida plenamente humana y toda de Dios”.

Si quieres profundizar en la figura de Santa Teresa de Ávila visita la web:

www.institucionteresiana.com

o escribe un correo electrónico a:

secretaria.italia@institucionteresiana.org



Bibliografía

SANTA TERESA DE JESÚS

Libro de las Moradas o Castillo interior

<http://www.documentacatholicaomnia.eu>

TOMÁS ÁLVAREZ

Lettura spirituale delle Mansioni di Teresa d'Avila

Edizioni O.C.D.

Roma 2005

Textos

MARA DAMIANO

Ilustración

FELICE LISENA

Diploma en ilustración y diseño gráfico en la

“Escuela internacional Comics” de Roma

con Máster en “Graphic Novel”.

felicelisena1395@gmail.com

Instagram: iamhappy_13